

REDACCIÓN:
PASCUAL - MARÍA
CUENCA, 27

«ESCUELA Y
DESPENSA»
(Costa)



DIRECTOR:
D. JOSÉ CONDE
GARCÍA

«LETRAS SIN VIRTUD SON
PERLAS EN MULADAR»
(Cervantes)

ACLARACIÓN

José Altabella Henández—que figura en nuestro Libro de Redactores Corresponsales con el número 5, desde el 12 de Diciembre de 1934, y que ejerce este cargo en Madrid—es un joven estudiante del Bachillerato que tiene iniciativas propias y que tiene inquietudes e inoacencias.

La primera de estas cualidades le llevó a solicitar—motu proprio—entreviús de los colaboradores distinguidos de «Corazón» que residen en la capital de España, entreviús o conversaciones que va logrando: las segundas cualidades le impulsaron a cometer una descortesía, impropia de un joven galante.

Porque la eximia escritora doña Concha Espina no pudo recibirlo en tres ocasiones que—sin previo anuncio de visita—se presentó en su casa, lo tomó a mal y, algo despechado, escribió un artículo que tuvimos un mes en cartera esperando la rectificación o anulación, y que, por fin, publicamos en el número 134, página 2, con el título «Una entrevista frustrada».

Altabella calló que, la dama, le señaló día y hora para recibirlo, en la imposibilidad de hacerlo en el momento que lo pretendía.

Al saber ésto nosotros, le indicamos la necesidad de que fuese de nuevo y presentase excusas y solicitase perdones..., por el lamentable tropiezo de sus pocos años y celo periodístico.

Hízolo el joven noblemente y obtuvo la dispensa y la entreviú, cosas ambas con las que contábamos de antemano, conociendo—como conocíamos—a la señora visitada.

Quedamos, a ésta, muy reconocidos.

Y ahora, para Altabella, una negativa rotunda, categórica, y un paternal aliento: la tarjeta postal a que se refiere no se ha recibido en la Redacción: reconocido el error o yerro y rectificado, está saldada la deuda y no existe culpa.

¡Adelante!

J. C.

Los colaboradores de CORAZÓN

Entreviú con doña Concha Espina⁽¹⁾

Sirvan las líneas que van a seguir de desagravio a la insigne santanderina, por haber escrito yo un trabajo que vió la luz en estas mismas columnas, trabajo «de cuyo título no quiero acordarme». La ignorancia por un lado, y la irreflexión, por otro, son atenuantes de mi culpa, toda pedantería, vanidad y orgullo.

Escribí tal artículo impulsado por un despecho que no tenía razón de ser, y, por tanto, necio. ¿A qué negarlo? ¿Por qué me lamenté de que no me recibieran si el día y a la hora que me indicaron, no acudí? Fuerza mayor, un viaje irretrasable. Pero he de advertir que la tarde que me señalaron día y hora (tercera vez que fui a la mansión de la ilustre montañesa) ya estaba escrito el odioso artículo y, lo que es peor, mandado al periódico. Ahó-

(1) No hemos recibido el cliché-retrato de nuestra distinguida colaboradora. Ocasión habrá de publicarlo al frente de algún apreciado trabajo suyo. N. de R.

ra, que también he de hacer constar, que dirigí a la Redacción una tarjeta rogando que el artículo se retirase, por ser hijo de mi irreflexión y porque ya se me iba a recibir.

Como un acusado fui a oír la sentencia de labios de la autora de «La niña de Luzmela». Pensé en ser recibido fríamente, con cierto justificado enojo; y no fué así, sinó todo lo contrario; con exquisitez, de una manera correcta y amable, afectuosa.

Me abrumaba la idea de verme frente a frente de la respetable dama que nos ocupa, me avergonzaba presentarme ante su persona, a quien había faltado.

Pero el ineludible deber profesional (los niños de hoy somos los hombres del mañana) me obligaba a ello y no tuve más remedio, con lo que creí borrar el pecado de mi culpa y obedecer, al mismo tiempo, el mandato del Director, D. José Conde.

—Si peco de algo, joven—principió diciendo doña Concha Espina—es de todo lo contrario de lo que usted ha supuesto: yo recibo a todo el mundo muy gustosa y contesto a todo el que me escribe, pero... no soy más que una persona y tendría que dividirme en tres: la primera, para hacer la vida normal de mi trabajo, que es como un oficio o como una carrera; la de escribir; la segunda, para recibir visitas, contestar correspondencia, hacer envíos de peticiones de libros, cumplir con las amistades, etc.; y la tercera, para vivir, descansar algún ratito, deleitarme en la lectura, saborear una obra teatral, en fin.

—Muy justo, señora, lo comprendo. Perdóneme. Hice lo que hice, sin meditarlo, «a tontas y a locas», en un arrebatado de ofuscación juvenil. Perdóneme. Y, con su permiso, voy a hacerle la primera pregunta.

—Lo tiene; pregunte lo que le parezca.

—¿Cómo concibe usted sus obras?

—Basadas en la vida real, pero con variantes que las animen, ya que no me gusta herir susceptibilidades de nadie: el mundo de las personas, por otra parte, la realidad escueta, sin adobo ni salsa, no tiene gran encanto literario.